

HAY QUIENES dicen que Nueva York es una ciudad sin alma y que todo en ella es materialismo. Es la primera impresión, pero no la segunda.

Estar en Nueva York en 1957 es, sin duda, estar en el ombligo del mundo occidental, la ciudad hacia donde convergen

todas las miradas. Todo lo mejor se puede encontrar aquí. Si los norteamericanos no son capaces de fabricarlo, tienen dinero para comprarlo.

Aquí es fácil —y no muy caro para quienes ganan en sólidos dólares— tener el mejor auto, el mejor frigidaire, el mejor radio, la mejor lavadora. Y no sólo se trata de artefactos caseros, sino de cuanto se puede desear.

Si uno quiere ver el edificio más alto del mundo, basta que eleve su cabeza en ángulo casi recto y verá la cúpula del Empire State Building; si su interés está en el arte moderno, el correspondiente museo le abrirá las puertas por sólo 75 centavos de dólar a la mejor colección de óleos, acuarelas y esculturas de arte contemporáneo, que actualmente se puede encontrar en el mundo. A cada momento en Broadway y en sus calles laterales están llegando actores, bailarines, mimos y cuanto de importante se puede presentar en un escenario.

Diríase que, aquí, hemos llegado al tope. Todo se puede encontrar en New York y todo está al alcance de la mano.

Pero el hombre no se contenta con tener un tope. Tiene que haber algo más allá de todo esto que ofrece esta mágica ciudad y que, al poco tiempo, tiene que producir la saciedad.

Al neoyorquino y más propiamente al norteamericano que tiene a Nueva York al alcance de su mano, sólo le restan dos caminos para calmar su sed, que no se abreve con la comodidad material o lo mejor en el arte: la religión y la luna.

No es una extraña coincidencia que en los escaparates de la librería se vean en forma especial libros y libros sobre los dos tópicos: Unos que dicen relación con Dios y otros los llamados "ficción científica", que especulan sobre la idea de vida en otros mundos y de viajes interplanetarios.

Pero Dios está presente en los Estados Unidos con una fuerza mucho mayor que la esperada. He visto las iglesias atestadas de gente en una de-

voción palpable y emotiva; he estado en Nueva York en las festividades del año nuevo judío y he visto a centenares de jóvenes apiñarse en las puertas de sus sinagogas.

Al joven norteamericano de hoy que todo lo mejor lo tiene al alcance de la mano, no le queda otro camino que reconocer a Dios o soñar con la luna.

Es éste uno de los resultados más reconfortantes del llamado materialismo "yankee". Si el auto, el frigidaire o la lavadora no dan la felicidad, es necesario buscar el espíritu. Así se comprende, aquí, que el Cardenal O'Sheen con sus prédicas en la televisión tenga más éxito que el cómico de moda.

Otros, los que se resisten, piensan que su sed de avanzar la pueden alcanzar en los viajes interplanetarios. Pero llegará un día, ojalá que cercano, que se viajó a la luna, a Marte y a todos los planetas habitables, se construyan en ellos imponentes rascacielos y confortables hoteles de verano. Cuando esto suceda, sólo habrá un camino para los que quieran avanzar y reconozcan que su insatisfacción crece, a medida que más adelantos les otorga la técnica.

Muchos norteamericanos, ahitos de todo lo mejor que el mundo puede ofrecer, ya han encontrado este camino, sin necesidad de haber paseado por la luna.

¿NON PLUS ULTRA?

SERGIO VODANOVIC

"El Debate"